

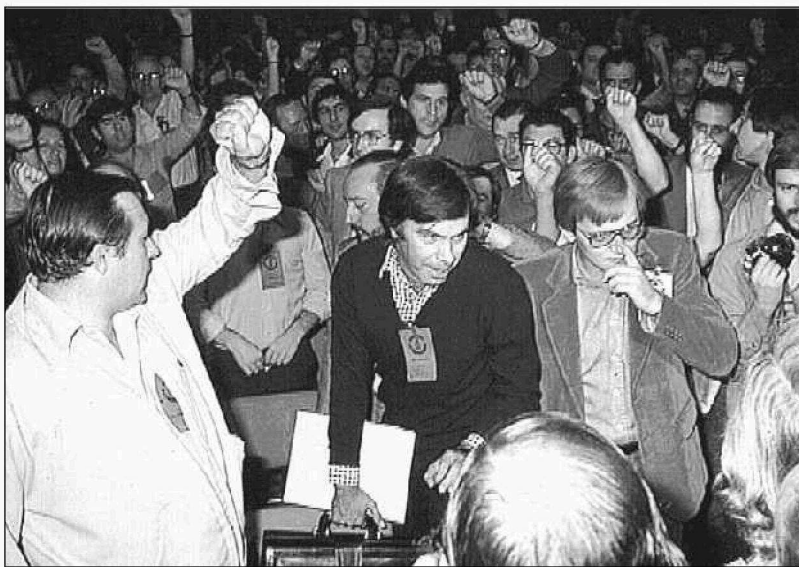
► EL ADIOS DE GONZALEZ ◀

deseo de marcharse. La anterior, dos años antes, únicamente fue conocida por Alfonso Guerra en el parador de Sigüenza. La maniobra da resultados. Tierno Galván, Luis Gómez Llorente y Pablo Bustelo, defensores de la definición marxista, ni siquiera presentan batalla. Aliviado, González le dice a Javier Solana: «El país no puede esperar a que nosotros maduremos; el país necesita que hagamos esa maduración rápidamente y ítemos que hacerlo».

Ni cortos, ni perezosos, los socialistas, eficazmente dirigidos por el dúo González-Guerra, desarrollan a partir de entonces una sistemática política de acoso y derribo del Gobierno de Adolfo Suárez. El eje de esa ofensiva es la moción de censura de mayo de 1980, en la que el líder socialista consolida su perfil de estadista político. Con el intento de golpe de Estado del general Armada levantan el pie del acelerador y reorientan su estrategia para presentarse como el único partido capaz de consolidar el nuevo régimen constitucional. La fragmentación de UCD y la creciente división del comunismo abona esta imagen. Conscientes de encontrarse en el umbral del poder celebran el XXIX Congreso en octubre de 1981. La conciencia de ser el único colectivo disciplinado, liderado, con capacidad de Gobierno, se traduce en unas votaciones prácticamente unánimes. El programa es tan simple como eficaz: *el cambio*.

Las contradicciones en el Gobierno

En octubre de 1982 González y Guerra, desde una ventana del Hotel Palace, saludan su enorme victoria. Diez millones de españoles los apoyan y esperan ilusionados el cumplimiento de sus promesas electorales. Es, desde ese mismo instante, cuando van a comenzar los problemas internos del socialismo. La ambigüedad, indefinición e imprecisión de su programa tiene que ser rellenada por una labor de gobierno que se traduce en decisiones, leyes, decretos y medidas. No vacilan en adoptarlas desde consideraciones nada socialdemócratas. La política económica la controla Miguel Boyer y la reconversión industrial la dirige con mano de hierro Carlos Solchaga. Fernando Morán que, desde Exteriores, trata de atenerse a lo que siempre defendió es destituido y el Ministerio pasa a manos de Francisco Fernández Ordóñez. Son hombres de trayectoria antifranquista, pero ajenos a la socialdemocracia y muy cercanos al neoliberalismo. No es casual que los tres siguientes congresos reflejen esta contradicción entre quienes quieren modernizar la sociedad desde una visión tecnocrática y los que consideran que la modernización es un sustantivo con adjetivos ideológicos neoliberales o socialdemócratas. La primera contradicción estalla con el cambio de postura sobre la OTAN. El XXX Congreso, diciembre de 1984, aprueba este espectacular giro gracias a los buenos oficios del aparato de Guerra. Más difícil es convencer a los españoles y el referéndum posterior casi descubre a González. Las relaciones con los sindicatos se encierran, especialmente con la UGT. La ley de reforma de las pensiones no ha sido votada por Nicolás Redondo. Cuando en enero de 1988 se abre el XXXI Congreso, el eje de la reunión es la cuestión sindical. Las contradicciones chirrían tanto que se hace necesario reforzar el poder del aparato para que la bifurcación entre Gobierno y partido no vaya a más. Pero, a la vez, ese reforzamiento de Guerra es el que lleva a nuevos enfrentamientos entre el vicepresidente y el todopoderoso Solchaga. La tensión se agudiza con la huelga general de diciembre de 1988 en la que, por última vez, el aparato realiza fun-



González, tras presentar su dimisión en el XVIII Congreso.

ciones de cortafuego de las llamas que provoca Solchaga. No es casual que, después del 14-D, González manifieste en dos ocasiones su deseo de retirarse. Expresión de este grave desajuste es el XXXII Congreso, en el que González proclama que «el Gobierno se gobierna en La Moncloa y el partido en Ferraz». Es el último triunfo de un guerrismo tocado por la instrumentalización política que el clan de Chamartín (Solana, Pérez Rubalcaba, Almunia y Leguina) hace del escándalo de Juan Guerra. Dos meses más tarde, González cambia como vicepresidente a Guerra por Serra.

El desgaste de la corrupción

A estas contradicciones suscitadas por el tipo de política se suman ahora nuevas interrogantes sobre cómo

abordar las consecuencias de toda una cadena de escándalos protagonizados por los socialistas que se tomaron al pie de la letra la consigna de Solchaga sobre las oportunidades de enriquecimiento que ofrecía el crecimiento económico. A lo que se añade la cuestión de la financiación ilegal. La controversia llega a tal grado que, en la primavera de 1993, obliga a González a convocar anticipadamente las elecciones tras haber perdido una votación en la dirección. Para unos, Fillesa es Guerra; para otros, Fillesa somos todos.

La dimisión de José Luis Corcuera como ministro de Interior sirve de rampa de lanzamiento del caso Luis Roldán como medio de evitar que le sustituya. A partir de ahí, se pone en evidencia que la política de José Barrionuevo, José Luis Corcuera y Rafael Vera ha sido la de pactar, sen-

cilla y llanamente, con todo el entramado policial del antiguo régimen. Cuando se celebra el XXXIII Congreso, marzo de 1994, tanto el Gobierno como el partido se encuentran sumidos en una profunda crisis. En este escenario, ni los renovadores ni los guerristas tienen fuerza para imponerse y en consecuencia González asume todos los poderes en el partido. Ciprià Ciscar es nombrado secretario de Organización en sustitución de José María Benegas.

Desde esa fecha hasta la de hoy, todo ha ido a peor. Ya no están en Moncloa, los escándalos se han multiplicado, la guerra sucia ha sido desmascarada, el saqueo de los fondos reservados descubierto, todo un batallón de altos cargos y dirigentes se encuentran procesados en diversos sumarios y las perspectivas del centro derecho son tan sólidas como inexistentes las de la oposición por su propia inexistencia. La agonía de estos tres últimos años se ha desparado brutalmente sobre los mil delegados del XXXIV Congreso. No venían a eso ni estaban preparados para ello. Pero la crisis ha estallado. González quiere un tipo de partido. Guerra el contrario. Sin embargo, uno y otro están corriendo un riesgo enorme. Todo depende de si, al calor de esta situación crítica, se articula o no un nuevo núcleo dirigente que no se defina como *felipista* ni como *guerrista* sino simplemente como socialista. Existen dirigentes y cuadros. Sólo tienen que dar el paso. El modelo de Suresnes se ha quebrado. Lo han roto sus dos protagonistas principales. La retirada de ambos no es similar a la del XXVIII Congreso, pero esconde la misma finalidad. Hacerse con el partido y hacer el partido. Son maniobras que se sabe cómo empezian, nunca cómo terminan. En cualquier hipótesis se ha abierto una nueva dinámica. Ya decía Marx que cuando los hechos históricos se repiten, lo hacen como farsa o caricatura.



Guerra y González, en la ventana del hotel Palace, tras el triunfo del 82.

Desde el anterior congreso hasta hoy, todo ha ido a peor. La agonía de estos tres últimos años se ha desparado brutalmente sobre los mil delegados del XXXIV Congreso. No venían a eso ni estaban preparados para ello. Pero la crisis ha estallado.

La sombra chinesca

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

El Congreso del partido de la oposición teórica debería haber sido la ocasión para convertirlo en el partido de la oposición práctica. La ocasión de pensar en las causas de su fracaso como partido socialista y de su triunfo como aparato de poder y prebenda.

Siempre he combatido la falsa idea de que el *felipismo* era una creación personal de Felipe. Los intelectuales de éxito atribuyen a las personas los grandes fenómenos sociales. Eso es fácil de entender por el vulgo. Pero la dictadura no habría durado cuarenta años si la mayor parte de los españoles, por convicciones antidemocráticas, por conformismo, por utilidad personal y por miedo a la represión o, lo que es peor, a la simple idea del cambio político, no la hubiesen apoyado. Condenar cuarenta años de nuestra historia es condenar al pueblo que la sostuvo. Pero esto suena muy fuerte en los oídos de quienes piensan que los pueblos jamás tienen culpa y que todas sus desgracias provienen de quienes lo dirigen. Como si no hundieran éstas sus raíces en las masas amorfas de donde emergen, como si la cabeza pudiera ser extraña al tronco que la sostiene.

Algo muy parecido sucede con el PSOE. Felipe y la mala cabeza que lo ha dirigido durante los últimos veinte años, está entroncada en la mala conciencia de la oposición teórica del pueblo español al franquismo. La dicotomía entre lo que se piensa y lo que se hace formó la naturaleza de la oposición socialista a la dictadura. Y esa doblez continuó dando carácter, o falta de él, a los dirigentes del PSOE.

Esta ambigüedad distinguió al oportunismo socialista de la coherencia comunista. Sin conocer la naturaleza oportunista de la ideología socialista, no se puede entender la de los hombres que la encarnaron en el pasado, ni la de los que hoy representan a la socialdemocracia. Felipe González ha dado expresión balbuceante y grotesca a esa barba ambición de clase media de querer gobernar como la derecha, pero creyéndose de izquierdas, a esa clase social envidiosa y revanchista que dio conciencia de izquierda al fascismo puro.

Cambia la circunstancia pero no la tendencia. El pesado cuerpo de Felipe se va, arrastrando consigo a la liviandad de Guerra, pero la sombra de su feroz oportunismo se queda. Que nadie espere renovación de lo que nunca fue nuevo. Ni regeneración de lo que no fue generado. En un primer momento, la piedad masoquista de los que sufrieron más de cerca su tiranía de reyocelo cantarán sus milos y llorarán su ausencia. Pero, enseguida, la negra perspectiva judicial pesará más, en la renovada Ejecutiva *felipista*, que el desecho de proteger al antiguo jefe.

La salida de Felipe ha carecido de grandeza. Sale cargado de un peso muerto que no tenía cuando llegó. Y entra en la historia con el baldón de haber sido el gran introductor de la corrupción y del crimen de Estado como factores de gobierno. Los buenos gobernantes no dejan herencia popular que los sucesores tengan que respetar. Los malos sí. El *felipismo* sin Felipe, como el franquismo sin Franco, más que una posibilidad de sus herederos es una necesidad social que nueve millones de votos expresan. La nueva Ejecutiva tendrá que traicionar a Felipe para seguir siendo fiel al *felipismo*, esa sombra chinesca que se proyecta sobre un partido donde nadie se sublevó contra el absolutismo de un jefe desalmado.